

Representación social del PRI: perspectiva de jóvenes y adultos mayores del Distrito Federal

ABRIL GONZÁLEZ ROMERO*

El 1ro de julio de 2012, se efectuaron en México las elecciones presidenciales. De acuerdo a cifras oficiales del Instituto Federal Electoral (IFE, 2012), en estos comicios se contó con la participación del 63.14% de las personas empadronadas, lo cual representa la cifra más alta de la historia. En este periodo electoral hubo un gran involucramiento de la sociedad, en particular de una generación de jóvenes que se mostró mucho más participativo que en elecciones anteriores. De hecho, el porcentaje de jóvenes (de 18 a 24 años) que votó en este 2012, llegó a 63% contra el 49 % registrado en 2006. Muchos de estos jóvenes, en complicidad con los medios electrónicos lograron construir un escenario político sin precedentes; en el que todo acto, declaración, acierto y error de los candidatos pasaba al instante por el ojo crítico de los usuarios de redes sociales.

Diversos acontecimientos ocurridos los meses previos a la elección¹, sirvieron de catalizador para que grupos de jóvenes universitarios se organizaran y movilizaran con fines de incidir en la pugna electoral. En primera instancia su intención era diversificar la información que otros grupos de la sociedad recibían respecto a las campañas de los candidatos, y gracias a sus esfuerzos se logró el primer debate organizado por ciudadanos transmitido en cadena nacional.

A pesar del arrojo de estos grupos de jóvenes, el resultado de las elecciones fue el esperado, y el puntero durante toda la campaña se erigió ganador en los comicios. Enrique

* Estudiante de la Facultad de Psicología, Universidad de Guadalajara, en estancia de verano en la Universidad Nacional Autónoma durante la realización de este estudio. Junio –agosto 2012. El estudio fue asesorado por la Dra. Isabel Reyes Lagunes, Dra. Lidia Ferreira, y Dra. Areli Resendiz.

1 En el mes de mayo de 2012, durante las campañas presidenciales, el candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Enrique Peña Nieto asistió a un evento organizado por una universidad privada en la ciudad de México. Durante su presentación fue abucheado por un grupo de estudiantes. El hecho quedó registrado en vídeo, sin embargo una de las cadenas nacionales de televisión con mayor cobertura en México (Televisa), difundió esta noticia de forma distorsionada y favorecedora para Peña Nieto. Este suceso provocó que se generaran diversas manifestaciones de inconformidad por parte de los jóvenes en contra de Peña Nieto y dicha televisora; estos jóvenes se organizaron y lograron instituirse como un movimiento estudiantil a nivel nacional llamado “Yosoy132” (en alusión al número de manifestantes que según la información de Televisa fueron los que protestaron.) Este movimiento se declaró apartidista y orientó sus esfuerzos al reclamo de una democratización en los medios de comunicación y a la difusión de información respecto a los candidatos y su plataforma. La formación de este movimiento modificó la agenda política nacional y fue tópico constante de la opinión pública durante los meses previos a la elección.

Peña Nieto, candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), fue electo con un 38.21% (IFE, 2012) de los votos totales, con casi 7 porcentuales de diferencia, encima de su más cercano contendiente.

Tras estos resultados, en varias partes del país, y en particular en la ciudad de México se han generado diversas manifestaciones de descontento, expresadas, en su mayoría por los jóvenes universitarios. En este contexto de tensión post-electoral, grupos de jóvenes, en conjunto con diversos movimientos sociales han anunciado su enfado y rechazo hacia el PRI, han descalificado la procedencia de los votos que este partido recibió y han puesto en duda la legitimidad del proceso electoral.

Sin embargo, ante más de una tercera parte de electores que optaron por dar su voto al PRI, es posible considerar que aun con el bien conocido descontento de la ciudadanía hacia este partido, existe también un amplio sector de la población cuya actitud hacia al PRI es menos negativa y por tanto han decidido legítimamente cederle su voto.

La actitud para Martín-Baro (1988) “constituye una predisposición a actuar, es decir, un estado de la persona que determina el tipo de comportamiento que presentará respecto a un objeto”; la actitud, es un elemento constituyente de una estructura más compleja, la representación social. Jodelet (1989 en Valencia, 2004) describe las representaciones sociales como “formas de conocimiento social”, donde los individuos apprehenden (mentalmente) la realidad.

En el marco de estos constructos teóricos, el presente trabajo quiere aportar a la comprensión del contexto político actual de México, aproximándose a la tirante relación ciudadanía-PRI. Por lo que se pretende describir el componente actitudinal de la representación social que los jóvenes del Distrito Federal (DF) expresan hacia este partido, para contrastarlo con el que tienen hacia el mismo objeto, otro grupo generacional de mayor edad, radicado en la misma ciudad.

Se han elegido estos dos grupos generacionales, porque se espera que el contexto histórico en que cada uno de ellos se desarrolló pueda incidir en la representación que tenga del PRI. Acorde a una clasificación propuesta por González (2011) las personas de 56 años o más, que para fines prácticos en este trabajo se le denominarán adultos mayores, nacen en un momento político en que el gobierno se caracterizaba por el autoritarismo y la represión; mientras que los jóvenes de 18 a 29 años, han nacido en un contexto denominado de transición, y han vivenciado desde los inicios de su vida la alternancia política.

En este sentido, parece lógico esperar que personas de más de 56 años, con más amplia experiencia política, y electoral, y en muchos casos con una menor escolaridad, tengan una representación distinta sobre el PRI, que la que puede encontrarse en un joven universitario que vota por primera o segunda vez.

El PRI en México

Por más de 70 años la democracia mexicana estuvo sujeta a un partido único en el poder, el PRI. Este partido surge tras la revolución, primero como Partido Nacional Revolucionario (PNR), luego como Partido de la Revolución Mexicana (PRM) hasta reestructurarse en su forma moderna en 1946; ello marca el inicio de la etapa contemporánea de nuestro sistema democrático (Bedolla, 2011). Desde entonces el PRI formó parte fundamental de la historia política nacional, siendo un partido hegemónico en un sistema partidista donde la oposición estaba desdibujada.

No obstante, los partidos, al ser parte de un sistema político más complejo, no son entidades estáticas, y por su mismo dinamismo, también tienden a transformarse y evolucionar. Por tanto, su estadía en el poder político no podía ser permanente. De hecho, durante su historia ocurrieron diversos factores que fueron gradualmente debilitándolo.

El PRI desde sus orígenes es un partido entendido por Mirón (2004) como pragmático, porque sus decisiones van más allá de las posibilidades ideológicas:

“Su fuerza no radica, ni radicaba, del todo, en una ideología más allá de la revolucionaria, y de nacionalismo. Sino que estaba en su capacidad de agregar a aquellos que en su momento resultaban ser beneficiosos para el control y el mantenimiento de su situación hegemónica”. (Pág. 42)

Mucha de la problemática interna del PRI, deriva de una incongruencia ideológica casi tan vieja como él. En principio se erige como un partido revolucionario, sustentado en ideales de lucha agraria pero durante sus mandatos se le han olvidado las grandes esperanzas incumplidas de los campesinos y obreros. Estas contradicciones internas lo condujeron a su propia descomposición, la cual ocurrió cuando un grupo de miembros abandonaron sus filas para formar el Partido de la Revolución Democrática (PRD) que años más tarde se erigiría como un poderoso elemento de oposición.

Por otra parte, como consecuencia de presiones externas, el PRI gradualmente fue aceptando reformas que permitieron que los partidos de oposición desafiaran su preeminencia, primero en el ámbito estatal y después en el nacional (Magaloni, 2006 en Paolino, 2009). Ello, com-

paginado con el quiebre con la economía estatal ocurrido tras la llegada de Miguel de la Madrid a la presidencia en 1982, da comienzo a un cierto grado de modernización que fue alterando gradualmente la dominación priísta en el país (Mirón, 2004).

En las elecciones presidenciales del 2000 se pone fin a lo que Mario Vargas Llosa llamó la “*dictadura perfecta*”, y por primera vez en la historia de México un candidato no priísta alcanzó la presidencia. En el siguiente periodo electoral, el de 2006, el PRI quedó relegado a la tercera fuerza, con un porcentaje de votos que lo ubicaron considerablemente lejos de los dos candidatos de oposición.

Estos descabros, no representaron la extinción del PRI, sino que lo condujeron a un proceso de introspección de su historia reciente, para lograr una valoración por parte de sus miembros hacia la normatividad interna del partido. Este momento de reflexión le permitió orquestrar un plan político que le facilitara volver a la silla presidencial. Tal como lo pronosticó Langston (2007 en Paolino, 2009): “No debe inferirse que el PRI es una fuerza ya extinta en la política mexicana. Con mejores candidatos, con un mejor mensaje o con errores de la oposición, bien podría cambiar su suerte ...” (Pág. 349).

Como resultado de una estrategia de campaña extraordinariamente planeada, combinada con crisis internas de los partidos de oposición, el PRI volvió a ganar la presidencia de México en 2012, a tan sólo 12 años, (dos periodos presidenciales) de la tan aclamada transición política.

La valoración ciudadana de los partidos políticos

Las instituciones políticas más expuestas hacia los ciudadanos son los partidos políticos. Esta relación partido-ciudadano se expresa principalmente en el ejercicio del voto y en muchos casos en la filiación y, sin embargo, tal como lo señala Bedolla (2011) “votar no es la única vía de participación ni mucho menos la única vía para manifestar la inclinación del ciudadano por un partido político.” (Pág. 8). No obstante, ante la crisis y las malas prácticas de estas instituciones, la relación ciudadanía-partidos se ha caracterizado por tensión y desconfianza.

La Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (ENCUP, 2008) reveló que las instituciones que registran los menores porcentajes de confianza son los sindicatos, la policía y los partidos políticos. En el año 2001 el Gabinete de Encuestas por Muestreos de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Xochimilco realizó una encuesta sobre confianza y credibilidad (Cuna, 2005). En dicho estudio los datos más relevantes fueron los siguientes: los capitalinos tenían es-

casa confianza en sus gobernantes, independientemente del partido al que pertenecieran. En escala del 1 al 10, los partidos recibieron los siguientes puntajes: el PAN (Partido Acción Nacional) obtuvo 6.2, el PRD 5.7 y el PRI 3.3.

Respecto a la evaluación que hace la ciudadanía sobre el PRI, se han encontrado distintos estudios que permiten esbozar cómo se percibe al partido tricolor. Paolino (2009) reporta los resultados de un estudio sobre atributos hecho tras la histórica derrota del PRI en la que los datos obtenidos demuestran que el porcentaje de personas que se identificaban con el PRI descendió de 40.1% en 2000 a 27.7% en 2006. Sin duda, este acontecimiento está ligado con los resultados electorales de esa campaña.

Algunos especialistas sostienen que, para decidir su voto, los electores mexicanos usaban un modelo de dos pasos basado en su actitud en relación con el PRI. Si estaban satisfechos con éste, lo apoyaban; en caso contrario escogían entre uno de los dos partidos de oposición (Dominguez & McCann, 1995; Paolino, 2005 en Paolino 2009).

Cabe destacar que la evaluación que se le otorgaba a los actores políticos depende en gran medida del rubro a evaluar. Por ejemplo, en la campaña presidencial del 2000, una encuesta a nivel nacional hecha por Panel México reportada por Paulino (2009) reveló que en una escala del 0 a 10 respecto al crimen, los encuestados ubicaron a Francisco Labastida (candidato por el PRI) cerca del extremo superior de la escala que indicaba una posición más estricta frente al mismo, con una mediana de 5.76, y a Cuauhtémoc Cárdenas (candidato por el PRD) como más tolerante, con una mediana de 4.89, dejando en el medio a Vicente Fox (candidato del PAN), con 5.54.

A principios de 2012 la casa encuestadora mexicana *De las Heras Demotecnia*, hizo un estudio sobre *virtudes y defectos* de los partidos políticos. A 500 entrevistados se les realizó una serie de preguntas donde se fueron intercalando palabras positivas con las negativas, y se les pidió que relacionaran con ellas a los partidos.

En el caso de la imagen del PAN las virtudes que más se perciben son orden, unidad, trabajo y confianza. Como sus defectos más destacados están irresponsabilidad, incapacidad y egoísmo. En el PRI las virtudes que más se asocian son experiencia, fuerza y solidaridad. Los defectos que más se asociaron a la imagen del tricolor fueron corrupción, engaño y egoísmo. En el caso del PRD su imagen se asocia con solidaridad, trabajo y confianza por la parte positiva, y como negativos destacan desorden, desunión y egoísmo (De las Heras, 2012).

Esta tendencia de asociar al PRI con fuerza, experiencia

y una postura más firme ante el crimen se observó también en otro estudio, permite inferir por qué en cinco de los nueve estados reconocidos como de más alta inseguridad, ganó en número de votos el candidato del PRI a la presidencia. (CEPOL, 2012)

En una investigación realizada en la Ciudad de México, por González (2011) se describen distintas evaluaciones ciudadanas hacia partidos políticos. En ellas que se encontró que la mejor puntuación de los tres más importantes partidos es para el PRI. Con un puntaje de 37.64 puntos de los 60 posibles. El PRI es reconocido “por su experiencia”, porque “está capacitado” y por “tener líderes”, pero es criticado por que no es tan “cercano al pueblo” y por su falta de “honestidad”.

Este estudio se realizó con participantes de 18 a 60 años (o más), de acuerdo a esta variable se encontró que el PRI tiene mejor aceptación en la medida en que la edad de las personas se incrementa. Los atributos que González (2011) evaluó fueron: Cercano al pueblo, capacitado, tiene líderes que impulsan, honestidad, tiene ideas para mejorar al país y experiencia para gobernar.

En todos los grupos conformados por rangos de edad, el atributo más positivo es el referido a la “experiencia para gobernar”. De la misma forma, la constante negativa es el de la “honestidad”. También se encontró que la generación de 18 a 29 años es la que otorga las evaluaciones más bajas a todos los personajes políticos. La constante sugiere una tendencia desinteresada de los ciudadanos más jóvenes a la vida política.

Si bien es innegable el distanciamiento de la población en general hacia los partidos políticos es importante destacar las peculiaridades de la relación de los jóvenes hacia los objetos de la política. En un estudio realizado en la Ciudad de México por Cuna (2005) se trató el tema de la posición de los jóvenes universitarios hacia la política, la democracia y los partidos. Valiéndose de entrevistas a profundidad, se encontró que una gran cantidad de jóvenes se sienten alejados de la política y de los partidos, y sin embargo, paradójicamente muchos de ellos se involucran cada vez más en conflictos y movimientos sociales que sobrepasan a las tradicionales estructuras políticas.

Contexto político del Distrito Federal

Hablar del Distrito Federal va más allá de ubicarla como la capital del país. Para Bedolla (2011) implica entenderle “no como una entidad más de la República, sino como el centro de desarrollo económico y político de la república”. El DF, tiene una historia política particular, antes de 1996 era gobernado por un regente de la ciudad, designado por el Presidente; es hasta ese año que se obtiene

la reforma de mayores alcances al régimen político del Distrito Federal, en el cuál la ciudadanía se apodera del derecho a elegir, mediante el voto, al Jefe de Gobierno, a los Jefes Delegacionales y además se incrementan las facultades de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (Saavedra, 2004 en Bedolla, 2011).

Asimismo, la ciudad como concentradora de las mil y una memorias, se asienta en una heterogeneidad social, que repercute en las maneras de hacer política (González, 2011). Como lo señala Reveles (2011): “El caso de los partidos políticos en el DF toma relevancia con el aumento de la participación ciudadana a favor de partidos alternativos al PRI y la nueva configuración del sistema de competencia” (Pág. 129) Desde la fecha en que los capitalinos han podido elegir a su gobernante, siempre se han inclinado por el PRD y las coaliciones de izquierda. Este partido ha gobernado el DF los últimos 24 años.

Según un análisis post-electoral realizado por el CEPOL (2012) para las elecciones presidenciales del 2012, el DF fue de las pocas entidades en las que ganó de forma contundente el candidato del PRD quien obtuvo 2,532,981 votos, contra 1,244,091 otorgados al PRI. También es la 2da entidad a nivel nacional con más alto porcentaje de participación electoral, con 67.07%; sólo por debajo del Estado de México.

La marcada tendencia partidista hacia PRD, no ha impedido que los ciudadanos tengan una identificación partidista heterogénea (Bedolla, 2011). De esta misma manera, las formas de participación ciudadana son tan diversas como la ciudadanía misma, así se pueden encontrar expresiones convencionales como el voto y la filiación política, o formas más radicales de hacer política como plantones, marchas y mítines.

Representaciones sociales de la política

Para Almond & Verba (1963): “el ciudadano de un sistema político, está sujeto a la ley y a la autoridad (...) además es miembro de grupos primarios más difusos, grupos en los que le son transmitidos, a través de un proceso de socialización, los valores, las normas y actitudes democráticas, que compartirá con los demás miembros del sistema” (Pág. 47). Es mediante este proceso que los miembros del sistema, se van formando cierta manera de concebir los objetos, es como se crean una “representación” del mundo social.

Si bien es complicado encontrar una definición concreta y consensuada para la representación social (RS), estas son descritas por Jodelet (1989 en Valencia, 2004) como “formas de conocimiento social”, donde los individuos apprehenden (mentalmente) la realidad”. La realidad so-

cial, como la entiende la teoría de la representación social, es creada cuando algo nuevo se ve incorporado en los universos consensuales (Moscovici, 1985 en Bedolla 2011). Ahí operan los procesos por los cuales un objeto pasa a ser familiar y se torna coherente.

Desde la postura epistemológica de la teoría de las representaciones sociales, “el sujeto y el objeto no son fundamentalmente distintos” (Moscovici, 1969 en Abric, 2001). En este sentido, el objeto no significa algo *per se*, sino que adquiere su sentido sólo dentro de la relación que se da entre el objeto y su intérprete. Así pues, en palabras de Abric (2001): “la relación sujeto-objeto determina al objeto mismo. Y es esa realidad apropiada y reestructurada que para el individuo o el grupo constituye la realidad misma” (Pág. 12).

La RS Es a la vez “producto y proceso de una actividad mental por la que un individuo o un grupo reconstituye la realidad que enfrenta y le atribuye una significación específica” (Abric, 1987 en Abric, 2001, Pág. 13). La representación no es así un simple reflejo de la realidad, sino es un conocimiento socialmente elaborado que incluye contenidos cognitivos, afectivos y simbólicos que tienen una función en la orientación de la conducta y en la forma de organización y comunicación inter-subjetiva. Dicho por Abric (2001) las representaciones sociales “son una guía para la acción” la cual permite al individuo posicionarse en la realidad y relacionarse con los objetos de determinada manera.

Las representaciones están organizadas por dos componentes: un sistema central o núcleo central y un sistema periférico. El núcleo central asume la organización de los elementos del campo representacional, mientras que la periferia se encarga de adaptar la representación a las exigencias del contexto concreto y particular. Tal como lo explica Perales (2007):

“Mientras el núcleo es normativo, la periferia es funcional. El núcleo se encuentra ligado a la historia colectiva, a los valores, normas, ideologías y en general. La periferia por su parte actualiza las normas del núcleo en contextos particulares, maneja inconsistencias y protege la estabilidad de las representaciones sociales.” (Pág. 355).

En este sentido, se entiende que la RS está formada de un núcleo, el cual tiene ubicación más profunda dentro del individuo y se encuentra más arraigado a la convencionalidad del sistema al que el individuo pertenece, mientras que la periferia tiende a ser más flexible y permite que nuevas entradas de información se ajusten a la forma de la representación. La RS constituye entonces complejos sistemas cognitivos, con estructura propia; por tanto es

posible reconocer en ellos la presencia de otros principios interpretativos de la realidad, como opiniones, valores, creencias y actitudes.

La actitud para Martín-Baro (1988) “constituye una predisposición a actuar, es decir, un estado de la persona que determina el tipo de comportamiento que presentará respecto a un objeto” (Pág. 112); Las actitudes entonces, son evaluaciones que el sujeto hace respecto a una entidad y de cierto modo, anteceden a la forma en que se *actuará* respecto a ésta. En palabras de Eagly & Chaiken (1993 en Bedolla, 2011) “las actitudes no se forman hasta que el individuo responde evaluativamente ante una entidad (objeto, evento o situación) y entonces, una vez constituidas, las actitudes predispondrán respuestas evaluativas frente al objeto en cuestión” (Pág. 25).

Las actitudes entonces, pertenecen al sistema de las representaciones sociales; lo que las hace elementos fundamentales para la estructuración de conocimiento social. Perales (2007) plantea que las actitudes se establecen a partir de valores culturales y pueden constituir el núcleo del sistema representacional. La actitud representa el componente evaluativo de las representaciones (Eagly & Chaiken, 1993 en Perales, 2007), ambas pueden ser estudiadas de forma paralela y complementaria para comprender la complejidad de la realidad social.

Entendiendo la distinción entre ambos conceptos, pero sin omitir la estrecha relación que guardan, cabe cuestionarse de qué manera pueden abordarse empíricamente y metodológicamente estas entidades. La pregunta es cómo determinar la connotación evaluadora del campo. Para Doise, Clemence & Lorenzi (2005) “Se trata de interpretar el espacio dimensional, comparando la posición de los elementos en las dimensiones con el juicio que al respecto proporcionan los individuos en diferentes escalas” (Pág. 84).

Si bien se conocen diversas técnicas para medir actitudes, en lo referente al componente actitudinal de las representaciones sociales se ha encontrado en la literatura interesantes ejemplos del uso del diferencial semántico de Osgood. A menudo este instrumento no se utiliza en su forma clásica; sino que en función del objeto de la RS, se le modifica o se la adapta para definir la orientación de la RS (Doise, et al 2005)

Osgood indica que hay tres dimensiones dominantes, independientes que las personas emplean para juzgar el mismo concepto, a las que él llamo dimensión evaluativa que implica la valoración del concepto que se juzga. La dimensión potencia que representa fuerza y poder, y dimensión actividad que denota movimiento y acción.

(Zimbardo & Ebbesen, 1978 en Martín-Baro, 1988)

A grandes rasgos, el diferencial semántico de Osgood, es una técnica general de medición que consta de una lista de escalas de adjetivos bipolares en la cual el participante tiene que establecer entre dos valores extremos una posición ante un estímulo. Díaz-Guerrero y Salas (1975) lo describen de la siguiente manera:

“Cada una de las palabras estímulo, se califican por medio de una serie de escalas bipolares de siete intervalos; las escalas estas constituidas por adjetivos antónimos. El sujeto califica el estímulo según la percepción que tiene en relación entre la palabra o frase estímulo y uno de los polos de la escala” (Pág. 35).

Para Osgood (1952 en Díaz-Guerrero & Salas, 1975) el resultado del proceso de calificación o juicio puede ser concebido como el lugar que ocupa un concepto dentro de un continuo experiencial definido por dos términos polares. Es decir, es una manera de poder ubicar numéricamente la posición evaluativa que le otorga una persona, a determinado objeto.

Un ejemplo en la psicología política de cómo emplear el diferencial semántico para medir el componente actitudinal de la representación social se encuentra en Cárdenas, Parra, Picón, Pineda y Rojas (2007). Este equipo realizó un estudio en Chile con el objetivo de elaborar la representación social de la democracia y la política en grupo jóvenes. La muestra fue de 165 jóvenes, de 18 a 29 años de edad. El 61.2% eran estudiantes universitarios.

Para el análisis de dichas representaciones se utilizaron distintos métodos como asociación libre de palabras, una escala likert para evaluar la confianza en las instituciones y un diferencial semántico con la palabra estímulo “política”. Los resultados de este último fueron resumidos en cuatro factores principales: estilo de ejercicio, estructura, evaluación de la eficacia e integración.

El principal efecto observado por Cárdenas et al. (2007) fue el rechazo, por parte de los sujetos de la muestra, a participar a través de los canales institucionales y por medio de métodos convencionales de acción política. Su acción nos indica que estos jóvenes, lejos de restarle importancia a la vida política, poseen un significado novedoso de lo político y que puede ser contrapuesto a las definiciones más tradicionales de la misma.

De acuerdo a la revisión hecha se encontraron diversos vacíos en la investigación sobre partidos en México, para Reveles (2011) las áreas menos exploradas parecen ser los estudios comparados; da la impresión que aún queda

mucho por hacer en el aspecto de comparar grupos de edad. La manera en que el momento histórico influye la forma en que una generación se vincula con un objeto no ha sido suficientemente estudiada.

También se presentó enorme dificultad en encontrar trabajos sobre los partidos políticos que se sustenten en la teoría de las representaciones sociales, sin embargo su uso puede ofrecer una perspectiva muy amplia sobre el objeto de los partidos políticos, los cuales por su relación con la ciudadanía y el gobierno, son fundamentales para el sistema político y social del país.

Por tanto, el presente estudio se propone evaluar actitudes respecto del PRI, con el fin de deconstruir el componente actitudinal de la representación social que las personas de dos distintas generaciones tienen sobre este objeto. Para ello se parte de la hipótesis, respaldada por la literatura de que a mayor edad, mejor es la evaluación que hacen las personas respecto a este partido (González, 2011).

Método

Se realizó un estudio exploratorio con un diseño intergrupal.

Hipótesis de investigación

-El componente actitudinal de la representación social del PRI en los habitantes de la ciudad de México con más de 10 años radicados en esta entidad, es diferente dependiendo de la variable de edad; tendiendo a ser más positiva en el grupo de 56 años o más, que en el grupo de 18 a 28 años.

Variables

Dependiente: El componente actitudinal de la representación social del PRI

Independientes: Edad y escolaridad

Participantes

El estudio se realizó con la participación de 189 personas, 94 hombres y 95 mujeres radicados en la ciudad de México, y con 10 o más años de vivir en la entidad. Los participantes fueron seleccionados con un muestreo no probabilístico.

Se trabajó con dos grupos, el primero estuvo formado por 98 sujetos, 49 hombres y 49 mujeres, de 18 a 29 años. La media de edad fue 22 años. Del total de la muestra 35 (34.3 %) tienen estudios superiores incompletos o en curso y 27 (26.46%) cuentan con estudios superiores concluidos. 30 (29.4%) tienen preparatoria terminada, y 4 secundaria (3.92%). Cuatro personas no proporcionaron su escolaridad.

El segundo grupo se constituyó de 91 personas, 45 hombres y 46 mujeres de 56 años en adelante. La edad media fue de 64.69 años. Del total de la muestra, 12 (13.18%) personas tienen estudios de primaria, 23 (25.27%) de secundaria, 27 (29.67%) de bachillerato o carrera comercial y 27 (29.67%) con estudios superiores. Dos personas no respondieron ese dato demográfico.

La descripción de la muestra se detalla en la tabla 1 y 2:

Tabla 1
Frecuencia de escolaridad por sexo del grupo 1

Último año de estudios concluidos	Sexo		Total
	Femenino	Masculino	
Secundaria	3	1	4
Preparatoria	15	15	30
Licenciatura incompleta	17	18	35
Licenciatura completa	12	14	26
Maestría	1	0	1
Perdidos			2
Total	48	48	98

Tabla 2
Frecuencia de escolaridad por sexo del grupo 2

Último año de estudios concluidos	Sexo		Total
	Femenino	Masculino	
Primaria	9	3	12
Secundaria	12	11	23
Preparatoria	10	11	21
Comercial	4	0	4
Licenciatura incompleta	0	2	2
Licenciatura completa	10	16	26
Especialidad	0	1	1
Perdidos			2
Total	45	44	91

Instrumento

En este estudio se empleó el diferencial semántico constituido de 13 escalas de adjetivos bipolares, utilizadas dentro de cada una de las dimensiones del significado establecidas por Osgood (1957 en Reidl, 2002): evaluación, potencia y actividad. Las escalas evaluativas incluyen los adjetivos: responsable-irresponsable, honesto-corrupción, hipócrita-sincero, agradable-desagradable, inteligente-

tonto. Las escalas de potencia se conforma por: rígido-flexible, débil-fuerte, inconsistente-consistente. Por su parte, las escalas de actividad se definen con: impulsivo-controlado, intolerante-tolerante, ordenado-desordenado y rápido-lento. En el instrumento también se incluye la escala conocido-desconocido, pero esta no pertenece a ninguno de las tres dimensiones, es independiente y sirve para hacer correlaciones.

El instrumento estuvo formado por siete intervalos de respuesta entre un adjetivo y su opuesto, calificados de manera que el puntaje más alto correspondió al polo positivo (el polo positivo se calificó con un siete y el negativo con uno). La media teórica se ubicó en el número cuatro. Entre más alta sea la media, mejor es la apreciación respecto al PRI. De este modo, los valores entre 1 y 3.5 se consideran negativos; mientras los valores superiores a 4.5 son tomados como positivos.

El instrumento usado contiene seis estímulos, tres son la imagen y nombre de los principales partidos políticos de México (PRI, PAN y PRD) y tres corresponden a sus respectivos candidatos a la presidencia. Para este estudio sólo se usarán los datos de las escalas relativas al PRI. Parte del instrumento se puede consultar en el anexo 1.

Procedimiento

La semana posterior a las elecciones del domingo primero de julio se acudió a sitios públicos, como parques, mercados y plazas. Se solicitaba la colaboración voluntaria de los participantes y se les aseguraba la total confidencialidad del instrumento. Si estaban de acuerdo, firmaban su consentimiento por medio de una rúbrica en la primera hoja del instrumento. La aplicación fue individual, y duraba cerca de 10 minutos. Al terminar la prueba, se les agradeció por su participación.

Resultados

El tratamiento estadístico de los datos constó de análisis descriptivos como medidas de tendencia central y dispersión. Posteriormente se procedió a comparar las medias entre el grupo 1 y 2 utilizando la prueba t de Student.

Se identificaron diferencias estadísticamente significativas en la dimensión evaluación donde el grupo 1 obtuvo una media de 2.41 y una DE=1.36. Mientras que en el grupo 2 los datos fueron más elevados M= 2.96, DE= 1.77 (t169.14= -2.36,p=.019 al .05)

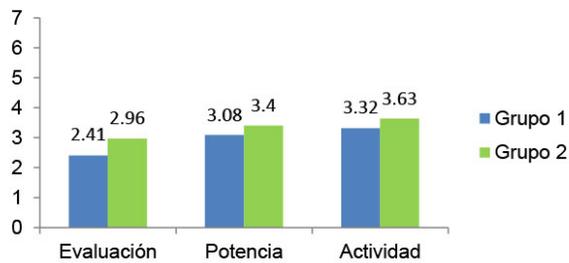
Respecto a la dimensión potencia no se encontraron diferencias significativas. El grupo 1 obtuvo una media 3.08, DE= 1.58; la media del grupo 2 alcanzó el puntaje de 3.40 DE=1.84. En la dimensión actividad la tendencia se repite. El grupo 2 (M= 3.63, DE=1.73) tuvo una media

superior al grupo 1 (M= 3.32, DE= 1.50) la diferencia entre ambos no es estadísticamente significativa.

La media de las tres dimensiones representa la actitud de cada grupo ante el PRI. El grupo 1 obtuvo una media de 2.88, (DE=1.29), por su parte la media del grupo 2 fue de 3.29 (DE=1.63). Con esto se obtiene una diferencia estadísticamente no significativa ($p=.059$ al .05)

De acuerdo a lo encontrado en las tres dimensiones, se observa que las medias más bajas en ambos grupos se ubican en la dimensión evaluación, mientras la dimensión potencia y actividad tienen valores similares entre sí. Estas diferencias se presentan en la figura 1:

Figura 1. Comparación de las medias de las tres dimensiones, grupo 1 y grupo 2.



Como ya se mencionó, la escala *conocido-desconocido* no pertenece a ninguna dimensión de actitudes. Sin embargo, se usa para poder determinar que tan familiar es el objeto para los participantes. La media del grupo 1 fue de 5.36 (DE=2.38), la del grupo dos fue 5.43 (DE=2.33). En la **tabla 3 y 4** se presentan las medias en orden ascendente de cada una de las escalas que componen el instrumento. Analizando estos datos con la prueba t de Student se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos en las escalas de *responsable-irresponsable* ($t=160$ -1.25, $p=.026$ al .05) y *agradable-desagradable* ($t=171$ -1.98, $p=.048$ al .05). Las medias de todas las escalas, comparadas entre grupo 1 y 2, se aprecian en la figura 2. Las escalas inferiores a la media teórica (4) son expresadas en su polo negativo; el resto se mencionan en su polo positivo:

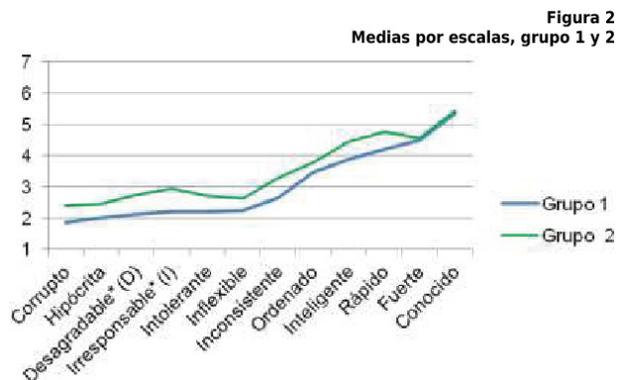


Tabla 3
Media por escala, grupo 1

Escala	M	DE
Honesto-Corrupto	1.86	1.75
Hipócrita-Sincero	2.01	1.69
Agradable-Desagradable	2.13	1.8
Responsable-Irresponsable	2.21	1.85
Tolerante-Intolerante	2.22	1.89
Flexible-Rígido	2.23	1.87
Consistente-Inconsistente	2.64	2.1
Ordenado-Desordenado	3.48	2.17
Controlado-Impulsivo	3.54	2.48
Inteligente-Tonto	3.87	2.47
Rápido-Lento	4.19	2.35
Fuerte-Débil	4.49	2.59
Conocido-Desconocido	5.36	2.38

Tabla 4
Media por escala, grupo 2

Escala	M	DE
Honesto-Corrupto	2.4	2.19
Sincero-Hipócrita	2.44	2.06
Flexible-Rígido	2.62	2.28
Tolerante-Intolerante	2.71	2.24
Agradable-Desagradable	2.73	2.27
Responsable-Irresponsable	2.93	2.43
Consistente-Inconsistente	3.29	2.41
Controlado-Impulsivo	3.64	2.56
Ordenado-Desordenado	3.78	2.47
Inteligente-Tonto	4.43	2.42
Fuerte-Débil	4.56	2.53
Rápido-Lento	4.76	2.27
Conocido-Desconocido	5.43	2.33

Para analizar los datos referentes a escolaridad se empleó el análisis ANOVA de una vía, con una prueba post-hoc scheffe para encontrar diferencias entre grupos. No se encontraron diferencias estadísticamente significativas en esta variable.

Discusión

De acuerdo a los análisis realizados se encontró que tal como se había expuesto en la teoría, sí existe diferencia entre la actitud de los jóvenes y las personas mayores hacia el PRI (González, 2011); cabe señalar que esta diferencia fue estadísticamente significativa sólo en la dimensión *evaluativa*, es decir las personas mayores perciben de forma más positiva, o si se quiere entender así, de forma menos negativa a este partido que los jóvenes. En las otras dos dimensiones (*potencia y actividad*) se encontró que aunque las medias son superiores en el gru-

po 2, la diferencia es mínima con el grupo 1. Esto permite inferir que si bien la evaluación sobre el PRI es más positiva entre los adultos mayores, el PRI es percibido de forma similar en lo que respecta a su dinamismo y su fuerza.

Respecto a las tres dimensiones que componen la actitud, se aprecia en la figura 1 que *evaluación* tiene las medias más bajas en ambos grupos, estos puntajes aumentan ligeramente en *potencia* y un poco más en *actividad*. Esto indica que independientemente de que se evalúa de forma negativa al PRI, los participantes califican de mejor manera su potencia y actividad. Estas dimensiones, aunadas con su alto índice de reconocimiento (encontrado en la escala *conocido-desconocido*) parecen describir las características que se le atribuyen con más intensidad al PRI.

Tal como se encontró en otros estudios (González, 2011; De las Heras, 2012), al PRI no se le evalúa como un *buen* partido, pero sí se le percibe como fuerte y experimentado, cualidades que podrían parecer ventajosas para enfrentarse a problemáticas complejas como el crimen y la violencia. Sin embargo, profundizar más en este tema sería preciso realizar estudios posteriores que permitan describir como son calificadas estas mismas dimensiones en otros partidos con una historia política diferente.

Analizando las escalas de forma individual, independientemente de la dimensión en el que se agrupen, se encontraron semejanzas en las escalas que evalúan honestidad y sinceridad, las cuales obtuvieron las medias más bajas en ambos grupos. A su vez, fuerte-débil, y conocido-desconocido alcanzaron las medias más altas. Con ello, se puede interpretar que estos adjetivos, son los que más peso tienen en la evaluación de todos los participantes, independientemente de su edad, y podrían ubicarse en el núcleo de la RS del PRI.

Por otra parte, las escalas donde se encontraron diferencias estadísticamente significativas son las que evalúan responsabilidad y agrado. Esta discrepancia entre grupos puede atribuirse a los distintos contextos políticos-históricos en que se han desarrollado los participantes. Las personas mayores, vivieron periodos del gobierno del PRI en los que hubo crecimiento económico, desarrollo social y paternalismo, con lo que muchas personas se vieron beneficiadas; de forma contraria los jóvenes han crecido durante la administración de otro partido, y los discursos constantes descalificación a los gobiernos priístas.

Con el uso del diferencial semántico se esbozó de forma superficial el componente actitudinal del PRI en jóvenes y adultos mayores; no obstante, para poder deconstruir la representación social de este partido en su totalidad,

habría que valerse de otros recursos que permitan explorar de forma más profunda la actitud, los juicios y opiniones de los participantes. Para estudios posteriores se proponen otras técnicas de recolección de datos, como las redes semánticas naturales modificadas y los grupos focales.

A parte de las limitaciones del instrumento, también se reconoce la marcada influencia del contexto de la población muestra para la investigación propuesta. Dado que se eligieron como participantes a personas radicadas en el DF, ciudad donde el PRI no es la principal fuerza política, las respuestas obtenidas pudieron no tener la dirección ni la intensidad esperada, puesto que electoralmente en esta entidad existe un rechazo histórico hacia el PRI. A su vez, el surgimiento del movimiento “YoSoy132” y las protestas que realizaron en contra del PRI y su candidato, contribuyeron a fraguar un ambiente de tensión pre-electoral sin precedentes. Si bien es una labor complicada definir en términos estadísticos la influencia del “YoSoy132” en las elecciones del 2012, no se puede negar su papel protagónico en los últimos meses del proceso electoral.

Tales hechos pueden explicar, que no se hayan encontrado diferencias significativas por nivel de escolaridad. Ante estos resultados se considera apropiado realizar un estudio similar en una entidad tradicionalmente priista, el cual probablemente podría arrojar datos más significativos.

Es cierto que el trabajo realizado es sólo una aproximación a la complejísima relación de los partidos políticos con la ciudadanía; No obstante, se considera que estudios como este, orientados hacia estas problemáticas pueden resultar muy útiles para comprender el contexto político del país. Con los resultados obtenidos, se dan los primeros pasos para responder de forma científica la gran interrogante que muchos ciudadanos se han formulado ¿Por qué volvió el PRI a la presidencia de México?

REFERENCIAS

- Abrić, J. (2011). *Prácticas sociales y representaciones*. México: Ediciones Coyoacán.
- Almond, G. A. & Verba, S. (1963). *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Bedolla, B. (2011). *Sistema de actitudes hacia la participación política, cívica y social: un modelo psicosocial*. (Tesis de doctorado) Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología, Distrito Federal, México.
- Cárdenas, M. Parra, L. Picón, J. Pineda, H. y Rojas, R. (2007). “Las representaciones sociales de la política y la democracia”. *Ultima década*, 26. 53-78.

Centro de Estrategias Políticas (2012). *Análisis post electoral 2012*.

Crespo, J. (1992). “La evolución del sistema de partidos en México”. *Foro Internacional*. 31 (4) 599-622.

Cuna, P. (2005). “Reflexiones sobre el desencanto democrático. El caso de los partidos políticos y los jóvenes en la ciudad de México”. *Sociológica*. 21 (66), 95-134.

De las Heras, M. (2012) “Al PAN se le asocia con orden; al PRI con experiencia y al PRD con solidaridad” *De las Heras Demotecnía*. Recuperado en agosto 2012 de: http://www.demotecnía.com.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=16&Itemid=23.

Díaz-Guerrero, R. y Salas, M. (1975). *El diferencial semántico del idioma español*. México: Editorial Trillas.

Doise, W. Clemence, A. & Lorenzi, F. (2005). *Representaciones sociales y análisis de datos*. México: Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora.

González, M. (2011). *La política en el Pensamiento ciudadano*. (Tesis de doctorado) Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología, Distrito Federal, México.

Instituto Electoral del Distrito Federal (2012). *Actas de cómputo del Proceso Electoral Ordinario 2011-2012*.

INEGI (2001). *Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas*. México: INEGI.

Martín-Baro, I. (1988). “Las actitudes: su concepto y su valor”. *Acción e ideología, Psicología social desde Centroamérica*, pp. 241-267. El Salvador: UCA Editores.

Mirón, R. (2004). “México y su futuro centrista”. *El mapa del poder del PRI “Los Partido Políticos en México ¿crisis, adaptación o transformación?”* Reveles, F. Compilador (pp 38-64) México/Gernika.

Palazuelos, I. (2012). “La desconfianza en los partidos políticos y la percepción ciudadana de desempeño gubernamental: México ante América Latina”. *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 1 (1) 79-107.

Paolino, P. (2009). “La posición del PRI en la política mexicana”. *Política y gobierno* (2), 321-348.

Parales, J. (2007). “Las relaciones entre actitudes y representaciones sociales: Elementos para una integración conceptual”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39 (2) 351-361.

Reveles, F (2011). *¿Qué sabemos sobre los partidos políticos en México?* México: Gernika.

Reidl, L. (2001). *Caracterización psicológica de los celos y la envidia* (Tesis de doctorado) Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología, Distrito Federal, México.

Valencia, S. (2004). “Elementos de la construcción, circulación y aplicación de las representaciones sociales”. *Representaciones sociales. Teoría e investigación*, pp. 51-88. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

ANEXOS

Anexo 1

UD. Piensa que el PRI es:

	Responsable										Irresponsable
	Rígido										Flexible
	Conocido										Desconocido
	Débil										Fuerte
	Impulsivo										Controlado
	Honesto										Corrupto
	Intolerante										Tolerante
	Ordenado										Desordenado
	Hipócrita										Sincero
	Inteligente										Tonto
	Desagradable										Agradable